

prosternó en tierra; en seguida nos dió el santo beso y nos llevó al monasterio, donde despues de haber hecho la oracion, segun era costumbre, lavónos él mismo los piés y nada omitió de cuanto podia descansarnos de la fatiga que nos ocasionara el camino. Esto acostumbraba hacer para con todos los que iban á verle. »

En las conversaciones que Rufino y su compañero tuvieron con él, esplicóles la razon de la costumbre que tenia de recibir así á los solitarios. Decia que era necesario prosternarse ante ellos, como si se les quisiera adorar, porque su llegada representa el advenimiento de Jesucristo, quien dice en el Evangelio: *Habeisme recibido, cuando he sido forastero* (Math. 25, 43.); y que Abrahan recibía así á los que no parecian ser sinó hombres, pero en los cuales consideraba á su Señor, (Gen. 18.). Añadía que era necesario algunas veces instar á los hermanos estrangeros á tomar algun reposo, aun cuando no lo desearan, y confirmaba esto con el ejemplo de Lot, quien llevó como por fuerza á los ángeles á alojarse en su casa. (Gen. 19.).

Rufino y sus compañeros permanecieron con él una semana, durante la cual les entretuvo con muchas cosas que concernían á las virtudes religiosas y al modo de vivir de los solitarios. Hablóles sobre todo de la huida de las vanidades; de la pureza de intencion en los ayunos y demás austeridades del cuerpo; del secreto que de ellas debe guardarse, cuidando que no se dejen traslucir á los hombres, no sea que la gloria que provendria de su estima nos haga perder la recompensa de Dios. Reprobaba mucho á ciertos solitarios que llevaban largos cabellos, collares y cosas semejantes que solo sirven para adornar el cuerpo; « porque, decía él, no pueden hacerlo sinó por vanidad y para ser estimados de los hombres. »

Cuando Rufino y los otros se despidieron de él, les acompañó hasta una cierta distancia y les dió esta última leccion: « Sobre todas las cosas os encargo, muy queridos

hijos míos, que vivais juntos en una grande union y no os dividáis los unos de los otros. » Despues, volviéndose á los hermanos de su monasterio que se hallaban presentes, preguntóles quiénes de ellos querían acompañarles hasta el más próximo monasterio de los padres que moraban en aquel desierto. Ofreciéronse todos con grande afecto á acompañarles; pero él no escogió más que á tres que sabían las lenguas griega y egipcia, ya para servirles de intérpretes en caso de necesidad, ya para edificarles con conversaciones de piedad, y les ordenó que no les dejasen hasta que hubiesen visto todos los monasterios y los padres que deseaban visitar. Por último, al despedirse, les dió su bendicion de este modo: « Ruego al Señor que desde lo alto de Sion derrame su bendicion sobre vosotros, y que considereis, durante todos los dias de vuestra vida, cuáles son los bienes de la eterna Jerusalem. »

Tal era la caridad y el celo de San Apolon para con los hermanos que iban á verle. Pero no era menor el que tenía para con los infieles, á los que convirtió en gran número, no solo con los prodigios que hacía, casi innumerables, sinó tambien por la fuerza de su ejemplo y sus poderosas exhortaciones.

Por de pronto hay que contar en el número de sus prodigios aquella multiplicacion milagrosa de pan que Dios hizo más de una vez para recompensar su fé y cumplir la promesa que le habia hecho de concederle todo cuanto pidiese. Afligiendo el hambre á la Tebaida, recurrieron á él los habitantes y llváronle sus mugeres y niños para que les diese la bendicion y el alimento que les faltaba. Hizoles distribuir generosamente todas las provisiones del monasterio, á escepcion de tres canastas de pan que estaban destinadas para el alimento de sus religiosos durante aquel dia. Pero viendo á aquella gente apretada por un hambre extrema, hizo pronto traer las cestas y colocándolas

en medio de aquellas pobres gentes, levantó las manos al cielo y dijo en alta voz: « ¿ No es bastante poderosa la mano de Dios para multiplicar esto? El Espíritu Santo nos asegura que el pan no faltará jamás en estas cestas hasta tanto que podamos saciarnos con lo que se recogerá en la próxima cosecha.

Su fe no fué vana. Dios multiplicó tanto el pan que durante cuatro meses, no se cesó de tomarlo en estas cestas sin que pudiesen vaciarse. Rufino, que cuenta esta maravilla fundado en el testimonio de los discípulos del Santo, que la habían presenciado, dice que él la vió renovarse con sus propios ojos. « Vimos, dice, traer cestas llenas de pan y llenar con él las mesas sobre las que antes no había nada, y despues que cada uno se había saciado, llenaban otra vez estas cestas, como si no se hubiese tocado en ellas. »

El demonio, no pudiendo sufrir tan grandes prodigios, le dijo en cierta ocasion en que tambien había multiplicado pan y aceite con su oracion: « ¿ Eres tú Elías, ó alguno de los profetas ó apóstoles, para atreverte á hacer semejantes cosas? » Pero el le confundió con esta respuesta llena de fe y de confianza en Dios: « ¿ Y porqué no las he de hacer? ¿ Acaso los profetas y apóstoles no eran hombres como nosotros y nos dejaron herederos de la misma fe y de la misma gracia que ellos recibieron? Dios, que les estaba presente ¿ está ahora ausente? Decir esto sería una impiedad, porque sabemos que es todopoderoso, y que lo que puede, lo puede siempre. ¿ Cómo, pues, ó espíritu malaventurado, conociendo, como tu conoces, que él es tan bueno, eres tu tan malo? »

Su poder sobre los demonios resplandeció sobre todo librando á las almas de su tirania. Había en su vecindario nueve ó diez aldeas llenas de paganos muy ápegados á sus supersticiones. Su ídolo estaba colocado en medio de un magnífico templo, y sus sacerdotes acostumbraban, en

tiempos de sequía, á llevarlo por los alrededores de esas aldeas, seguidos de todo el pueblo y corriendo de acá para allá por los campos con un furor semejante al de las bacantes. El Santo les encontró un dia en esta especie de orgía y movido á compasion de su ceguedad, hincóse de rodillas en tierra y rogó á nuestro Señor Jesucristo que tuviese compasion de aquellos miserables y les esclareciese con las luces de la fe.

El efecto que hizo su oracion fué que al instante quedaron ellos inmóviles con su ídolo, y permanecieron así todo el dia expuestos á los más vivos ardores del sol, que es muy fuerte en aquellas regiones. No podían ellos comprender de dónde podia venir un accidente tan inaudit. Sus sacerdotes les dijeron que esto solo podia ser causado por un cristiano, llamado Apolo, que moraba en aquel desierto, y que no había que esperar ser libertados de aquellos lazos invisibles sinó por su medio.

Esto les fué confirmado por muchas personas á quienes un tal prodigio atrajo junto á ellos, y algunos aseguraron que, en efecto, habían visto pasar por allí á San Apolon. Sin embargo no dejaron de llevar allá bueyes para probar de arrastrar el ídolo; pero, siendo inútiles los esfuerzos de aquellos animales, los paganos enviaron comisionados al Santo á suplicarle que tuviese piedad de ellos, y le prometieron renunciar á sus sacrílegas supersticiones y abrazar la fe de Jesucristo.

El Santo salió pronto á su encuentro y les dió la libertad con su oracion. Arrojárónse á sus piés, creyeron en Jesucristo, quemaron su ídolo, y siguieron á su libertador, quien les instruyó en los misterios de la religion y les recibió en la Iglesia. Muchos de ellos abrazaron el estado monástico, y permanecieron con él.

Algun tiempo después, tuvo el consuelo de convertir á un famoso bandolero y pacificar dos aldeas que estaban en

riña por la cuestion de límites de sus territorios. Al primer rumor de su division, acudió para pacificarles, pero halló los espíritus tan irritados que no querían oír las razones, sobre todo el uno de los dos partidos, que se sentía sostenido por este insigne ladrón el autor principal de esta discordia.

El santo, que vió que él era quien más fuertemente se oponía á la paz, dirigióle la palabra y dijo con gran dulzura: « Hermano mio, si quereis cambiar de sentimiento y contribuir conmigo á apaciguar esta diferencia, rogaré á Dios por vos, y él os perdonará vuestros pecados. » Apenas hubo hablado así, cuando obrando la gracia en el corazón de este criminal echóse á sus piés, y le suplicó que cumplierse la promesa que acababa de hacer; y volviéndose al mismo tiempo hácia los que le habían escogido por jefe, les envió de nuevo en paz á su casa. Habiéndose retirado todos, siguió al Santo, quien le llevó á su monasterio, en donde le obtuvo con sus oraciones un sentimiento tan vivo de conpuncion, que finalmente tuvieron uno y otro certeza del cielo de que Dios le había perdonado sus crímenes, lo cual sucedió de este modo: Durmiendo los dos durante la noche en el monasterio, cada uno de ellos tuvo un sueño en el que les pareció que se hallaban ante el trono de Jesucristo, adorándole en compañía de los ángeles y santos, y oyeron una voz que les dijo: « Aun cuando nada hay comun entre la luz y las tinieblas, y ninguna relacion entre un fiel y un infiel, sin embargo se te concede, Apolon, la salud de este hombre por quien tanto has rogado. » El cambio de este hombre fué tan perfecto que causó admiracion á todos los hermanos, y ellos reconocieron en estelobo cambiado en cordero lo que dice el Profeta, *que los lobos se apacentarán juntamente con los corderos, y los leones y bueyes comerán juntos.* (Isai. 11.)

Muy diferentemente sucedió con otro que osó resistir al

Santo en un encuentro semejante. Quanto aquel experimentó más con su conversion el dulce efecto de la misericordia de Dios, Santo más sintió esta la severidad de su justicia con su obstinacion, y sirvió de terrible ejemplo para probar que no impunemente se resistía al siervo de Dios. Era él como el jefe de los habitantes de una poblacion de paganos, que habían entrado en disputas con los de una aldea cristiana y tomado las armas. Habiendo intervenido el santo para apaciguarles, no encontró resistencia sino en este hombre, fiero y violento, que protestaba morir antes que permitir que se pusiesen de acuerdo. « Tu deseo será cumplido, dijo San Apolon, quien hasta entonces no habia podido doblegarle con sus exhortaciones; solo que te costará la vida á ti, y tu sepulcro será el que mereces, puesto que no será la tierra, sino que el vientre de las bestias y de los buitres te servirá de tumba. »

Estas palabras no fueron una simple amenaza sino un golpe fulminado contra este criminal. Al instante cayó muerto sin que otra persona alguna experimentara desgracia; y como que se cubrió su cuerpo de arena, al dia siguiente se halló que las bestias lo habían desenterrado y hecho pedazos, y que todavia servía de pasto á los buitres. Una prediccion cumplida tan exactamente en todas sus circunstancias, causó tanta admiracion á los paganos, así como tambien los otros milagros que acabamos de referir, que todos los de la provincia abrazaron la fé del Evangelio.

Nada más sabemos de la vida de San Apolon despues de la visita de Rufino, que Tilemon (Till., t. 10, n. 1, p. 721.) cree haber sucedido antes de terminar el año 394. Bollandó (Boll. 23 ener.) pone su muerte en el año 395. Bulteau (Bult. l. 1. c. 5, n. 1, p. 66.) le cita sin contradecirle. Por lo cual habría vivido 75 años, si hubiese nacido en 321; pero nada positivo puede decirse sobre el particu-

lar. Baillet (Baill. 25 encr.) dice que murió bajo el peso de los años y cargado del mérito de sus trabajos apostólicos, y sigue la cronología de Bolando para el tiempo de su muerte; pero no señala el de su nacimiento. Créese que es él á quien los griegos honran el 25 de enero. Bolando le fija en el mismo día.

Parece (Vit. PP. l. 10, c. 184.) que el monasterio de San Apolon era célebre en la Tebaida en el siglo sexto y que la disciplina regular se observaba en él fielmente, por dos ejemplos que Juan Mosch, autor del *Prado espiritual*, que florecía por aquel tiempo, nos ha conservado. El primero es de un joven religioso cuyo amor á la penitencia era tan ardiente que se abstuvo de beber hasta su muerte, la cual aconteció tres años despues de la resolución que de ello habia hecho. El segundo era de un anciano, tan asiduo á la oración, que se veía en una tabla de su celda, en la que tenía costumbre de arrodillarse para orar, un hundimiento de cuatro dedos que habían hecho sus rodillas.

Ha habido muchos solitarios llamados Apolon, á saber: uno en el desierto de Sceté, otro, en el de las Celdas y otro en el de Nitria. De ellos hablaremos en otra parte.

SAN AMMON Y SAN ONOFRE

ANACORETAS DE LA BAJA-TEBAIDA

Añadiremos á la vida de San Apolon lo poco que sabemos de San Ammon, anacoreta, (Vit. PP. l. 2, c. 8, y l. 8, c. 53.) que moraba en las cercanías de su monasterio, y á donde los discípulos del Santo llevaron desde luego á Rufino y á sus compañeros. San Ammon habia ya muerto pe-

ro habia dejado un discípulo heredero de su celda y de sus virtudes. De este aprendieron lo que de aquel vamos á referir.

Cuando, pues, Rufino y sus cofrades hubieron abandonado á San Apolon, sus piadosos guías les condujeron por el desierto por la parte de medio día donde, despues que hubieron andado algun tiempo, apercibieron sobre la arena las huellas de un dragon tan enorme, que cualquiera hubiera dicho que por allí se habia arrastrado alguna gran viga. Espantáronse mucho al verle y rogaron á los que le conducian que se apartasen de aquel camino para que no se encontrasen con aquel horrible animal.

Estos, por el contrario, les exhortaron á que nada temiesen, y hasta querían seguir á la serpiente con el fin de alcanzarla y matarla en presencia suya, como decian haberlo hecho con otras serpientes. Pero, muy lejos de reanimarse, Rufino y sus cofrades les instaron á que tomasen otro camino.

Esto no impidió que uno de los discípulos de San Apolon siguiese las huellas de la bestia hasta cerca de la cueva en que ella se retiraba, y que no les gritase desde allá á que se juntasen á él y viesen cómo iba á matarla. Un solitario que moraba poco lejos de allí, se presentó entonces, y enterado por ellos de la causa de su temor, les confirmó en él diciendo que él mismo habia visto este monstruoso animal y que era tan horrible que no podrían sufrir su vista, sobre todo no estando acostumbrados á ver cosa semejante, porque no tenía menos de quince codos de largo.

Hizo volver al hermano que estaba cerca de la cueva, y les llevó á todos juntos á su celda, donde les recibió con toda la caridad posible. Despues que hubieron descansado, habiendo trabado conversacion, díjoles que la celda que habitaba habia sido la de un hombre santo llamado Ammon, su padre espiritual, por quien Nuestro Señor habia obrado muchos prodigios.